

Objeto 19-88

El Volkswagen Karmann, de elegante tonalidad gris, se desplazaba velozmente en la carretera bordeada por una extensa hilera de árboles. El conductor observó el luminoso letrero que anunciaba la Ciudad de Montebello a tan solo cinco kilómetros de distancia.

Con una mirada constante y preocupada, vigilaba el retrovisor, la lluvia arreciaba, reduciendo la visibilidad a casi nada, en medio de ese torrencial diluvio. En el horizonte se podía observar con letras grandes “Café Rizo”, como un faro de bienvenida para los viajeros cansados; su estilo rústico y las letras capturaban la esencia del lugar.

Estacionó el automóvil en el frente, ocupando un espacio reservado para personas con discapacidad. Retiró de la parte posterior del automóvil la matrícula y la cambió por una de tono azul, para evitar sospechas. Su diseño detallado y su acabado especial imitan perfectamente las placas oficiales, haciéndola inconfundible a simple vista. Además, estas paradas de carretera resultan sumamente convenientes y suelen estar desocupadas la mayor parte del tiempo. Observando a lado y lado, el hombre abre la puerta derecha del auto, extendió el brazo y extrajo una caja de tonalidad café; enseguida la colocó bajo el brazo rápidamente, corrió hacia el Café Rizo para

resguardarse de la lluvia, mientras observaba las luces de dos autos que se perdían en la distancia.

Al entrar, sus ojos recorrieron el lugar en busca de un refugio temporal. Fue acogido por la melódica y enérgica canción de Bill Haley, “Rock Around the Clock”. Esta composición flotaba en el aire y salía de los altavoces, tejiendo una suave armonía que abrazaba el ambiente con un toque de nostalgia, brindando un respiro bienvenido en medio del ajetreo del día.

Dentro del local, tres empleados se encontraban detrás de la barra, y una sola alma sentada en una de las mesas.

Bajo la luz parpadeante del neón que anunciaba “soda”, un teléfono negro colgaba de la pared. Del bolsillo derecho sacó con cuidado un papel arrugado, sus trazos corridos por las gotas de la lluvia apenas se podían visualizar.

Con una determinación el hombre descuelga el auricular y sus dedos sobre las teclas marcan con firmeza los dígitos 5-12-9-20-1. Cada clic del teléfono era una nota en la sinfonía de la incertidumbre. El tono resonaba en la cafetería, aumentando la tensión en el aire. El hombre aprieta el papel con fuerza, sintiendo la textura áspera entre sus dedos.

Después de unos tonos, una voz familiar contestó.

—¿Hola? —dijo el hombre, con un tono cargado de alivio.

Ya está hecho —murmulló en voz baja, esperando impaciente su respuesta.

Con un movimiento brusco gira su cuerpo, y continúa:

—Las cosas se salieron un poco de control señor “P”, pero tengo lo que solicito.

—¡Bien! —respondió el señor “P”.

—Me encuentro en un café que queda en la carretera cerca de la Ciudad de Montebello, se llama Café Rizo, lo estaré esperando.

—De acuerdo —contesta el señor “P”.

En ese momento resonó en el Café Rizo una suave campanilla que anunciaba la entrada de alguien.

Era una familia, un niño pequeño acompañado de sus padres. El niño miró a su padre con ojos brillantes.

— Papá, ¡me prometiste waffles! —.

El padre sonrió y asintió, respondiendo

— ¡Claro que sí, hijo! Vamos a pedir esos deliciosos waffles—.

La madre miró hacia la ventana y observó la fuerte lluvia que caía.

—Marcus esa lluvia no es normal en esta época del año — dijo la madre con mirada preocupada.

—Elena, no otra vez con tus supersticiones —responde Marcus con un ceño entre sus cejas.

El hombre, mirando el reloj en forma de dona y con cuatro cafés consumidos, esperaba impaciente al Señor “P”.

El hombre se giró con rapidez para observar cuatro individuos elegantes, habían llegado en un auto Toyota Crown de color gris oscuro metálico. Sus ojos examinaron sus rostros, entre ellos el de un hombre que vestía un impecable traje de color negro, con líneas nítidas y una elegancia que imponía respeto.

Con el corazón latiendo con fuerza, se preparó para lo que vendría a continuación.

“Ting-ting”, sonaron las campanillas de la puerta del Café Rizo, los individuos elegantes avanzaron con determinación hacia la mesa del hombre. Una mirada fría y calculadora se posó sobre él. El hombre vestido con un impecable traje negro, sin decir una palabra, dio una señal a los otros sujetos que lo acompañaban.

El hombre disimulaba bien los nervios que sentía en presencia del Señor “P”.

— Bueno, señor Silas, así es como debo llamarlo —dijo el Señor “P”, su mirada penetrante fija en él.

— Sí, profesor —respondió Silas con firmeza, manteniendo su compostura a pesar de la tensión en el aire.

— Bien, creo que es el momento de que me muestre lo que me pertenece —dijo, moviendo sus manos con firmeza.

Las personas del Café Rizo observan a los sujetos extraños, preguntándose qué podrían estar discutiendo. En la atmósfera del lugar se podía percibir una leve tensión palpable, mientras todos intentan comprender la situación.

La mesera, con una expresión de curiosidad, se acerca a los hombres y pregunta:

—¿Qué desean, caballeros?,

Uno de ellos responde:

— Preciosa, ¿podrías traernos algo para calentarnos un poco de esta lluvia?

— Claro, enseguida les traigo algo caliente —responde la mesera con una sonrisa.

— ¡Daniel, ya tienes el pedido de la mesa dos! —dice la camarera.

— En proceso señorita Lucía —responde Daniel.

La atmósfera se carga de ansiedad mientras Silas se prepara para revelar el contenido de la caja, la cual tiene una etiqueta en su esquina que dice: “Objeto 19-88”.

Silas sostenía la caja con manos temblorosas, manteniendo sus ojos fijos en ella, como si temiera lo que pudiera contener.

— ¡Pero antes de seguir! —exclama Silas.

— Sabe muy bien de su contenido.

—¿Verdad? .

— El lugar de donde lo saqué era un búnker —explica Silas.

Mirando el “Objeto 19-88” el profesor responde:

—Yo soy la persona que encontró esta preciosa pieza, sin embargo, la burocracia y las malas decisiones de la exploración científica hicieron que me quitaran lo que legítimamente me pertenece.

El profesor, con manos temblorosas, abre el contenido de la caja y desenvuelve con cuidado el objeto 19-88.

Lo que observa es un disco de forma octagonal, su superficie metálica con un brillo misterioso, con detalles en granito.

— ¡Esto es... increíble! —murmura el profesor, con ojos brillantes de asombro y fascinación.

En el momento en que el profesor entra en contacto con el objeto 19-88 el Café Rizo comienza a cambiar drásticamente.

Las luces del lugar empiezan a centellear de manera inquietante, la música es interrumpida con un ruido estático, ¡GRRRR...!, como si estuvieran respondiendo a una fuerza invisible.

Un escalofrío recorre la espalda de Silas.

Pero la determinación del profesor es seguir adelante, sabía que este momento era crucial para lo que estaba esperando hace mucho tiempo.

El aire parece cargado de electricidad, crea una atmósfera de mucha tensión.

La lluvia sigue cayendo con fuerza. Como si el clima estuviera respondiendo al objeto 19-88, el sonido de las gotas golpea los cristales de las ventanas del Café Rizo, se mezcla con un zumbido y crea así una sinfonía única.

Todos observan la escena con cierto temor sintiendo una extraña sensación que emana del objeto 19-88, un resplandor intenso se proyecta con sombras en las paredes del Café Rizo, la luz parece tener vida propia.

Las voces del lugar quedaron ahogadas por un fuerte zumbido, y la luz formó una atmósfera surrealista que desafiaba toda lógica y razón.

En ese momento, un fuerte estruendo sacude el lugar, haciendo temblar las paredes y el suelo del Café Rizo.

Todos se aferran a lo que pueden, tratando de mantener el equilibrio en medio de la sacudida.

Un destello final apaga el objeto 19-88 y deja a todos en un silencio abrumador. La habitación vuelve a la normalidad, pero el impacto del evento perdura en el aire.

La lluvia ha cesado de repente, la gente se levanta del suelo, se miran unos a otros preguntándose qué ha ocurrido aquí.

Silas se gira hacia el profesor, cuyos ojos están fijos en el objeto 19-88, la expresión de su rostro es de asombro.

— ¿Qué... qué acaba de pasar? —pregunta Marcus, con voz temblorosa, abrazando a su hijo.

La mesera Lucía observa la escena con ojos bien abiertos, sin saber cómo reaccionar.

Daniel observa las ventanas y señala algo en ella.

Uno de los escoltas del profesor sale corriendo del Café Rizo, dejando atrás lo ocurrido con el objeto 19-88. Cuando pisa la calle se da cuenta de que algo extraño está pasando.

El lugar parece haber caído en un profundo silencio, como si todos los sonidos hubieran sido acallados, como si fuera el espacio.

A medida que exploraba su entorno, cada vez su desesperación aumentaba al no encontrar señales de vida, y la ausencia del viento en su piel lo desconcertaba aún más.

En un intento por escapar de esta situación, él corre hacia el auto.

Lo enciende y acelera, buscando desesperadamente alejarse de ese lugar.

A medida que avanza por la carretera, puede presentir que algo está profundamente fuera de lugar. No importa cuánto acelere, el paisaje parece repetirse una y otra vez, como si estuviera atrapado en un bucle eterno.

Finalmente, el hombre llega al mismo punto frente al Café Rizo. Al observar este extraño suceso, comienza a repetir en su mente:

—¡Esto no es posible, esto es un sueño!

Su corazón late con fuerza, con una mezcla de terror y confusión.

Al igual que los demás, ninguno lo puede creer.

El objeto 19-88 ha revelado su poder y su significado, pero las respuestas aún están por descubrirse.

Andrés Pérez Suárez
Cine y Televisión
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura